

¡Adios a Dios!

por Dan Barker

Este discurso se pronunció el 1 de noviembre de 2020 para la celebración en línea del Día de Muertos Secular organizada por la Freethought Society y Hispanic American Freethinkers.



Hola. Soy Dan Barker, copresidente de la Freedom From Religion Foundation y autor de los libros *Godless*, *Mere Morality*, *Life Driven Purpose* y *DIOS: El personaje más desagradable de toda la ficción*.

En este Día Secular de Los Muertos, honramos a aquellos que ya no están con nosotros. Ellos no han “pasado.” No están “descansando en paz.” No han “volado a su recompensa.” Están muertos.

Una vez yo estuve muerto. De Verdad. Y volví a la vida.

Bueno, no físicamente. Yo fui bautizado. Después de aceptar a Jesús como mi Salvador, me sumergieron en el agua y me sacaron. El bautismo significa, mientras eres bajado de la superficie, que has muerto, al igual que Cristo murió y fue enterrado. Cuando te sacan del agua, eres resucitado a una nueva vida, al igual que Jesús resucitó de la tumba. Estás literalmente “nacido de nuevo.” Y por “literalmente,” no me refiero a "literalmente físicamente," sino "literalmente espiritualmente." Si uno cree en el mundo de los espíritus, entonces el bautismo no es sólo un drama ritual metafórico, es un hecho real en el mundo sobrenatural. “Así como en Adán todos mueren," dice la Biblia, "también en Cristo todos serán vivificados." Por supuesto, eso solo fue posible gracias a un sacrificio humano sangriento: Jesús sufrió una muerte agonizante en la cruz para que tú y yo pudiéramos ser redimidos.

Bueno, eso yo creí.

Por supuesto, no es solo la religión cristiana la que está obsesionada con la muerte. Mucho antes de los evangelios, muchos miles de años antes de los antiguos israelitas y de los mesopotámicos antes que ellos, que empezaron a escribir las cosas, mucho antes de eso, los humanos tuvieron que enfrentar la realidad de la muerte. Como todavía podían soñar con antepasados muertos, muchos imaginaron un mundo espiritual en el que vivían sus seres queridos. Los cementerios- prehistóricos contienen comida, ropa, joyas y herramientas enterradas con la persona para acompañarla en su viaje al más allá. Las tumbas de algunas personas importantes contienen los cuerpos de sus esclavos que fueron asesinados a su muerte para que pudieran continuar sirviéndoles en el mundo más allá.

El entierro ritualista ocurrió en todo el planeta, en diversas formas. Los aztecas, en lo que hoy es México, heredaron una antigua tradición, que se remonta al menos a 3.000 años, según la cual el alma de una persona muerta subiría, ya sea al sol o a un jardín paradisiaco, o al inframundo, gobernado por la diosa Mictecacihuatl. Pero primero tuvieron que afrontar un largo viaje por Chicunamictlán, la Tierra de los Muertos. Este no era un infierno de tormento: era el lugar de descanso final del alma. Ese viaje podría llevar varios años de arduos viajes y obstáculos difíciles. Al igual que los rituales en la Media Luna Fértil y Europa, los rituales nahuas en las Américas, tradicionalmente celebrados en agosto, involucraban a miembros de la familia que proporcionaban comida, agua y herramientas para ayudar a sus seres queridos en su desafiante odisea más allá de la tumba. Esta tradición continúa en el festival contemporáneo del Día de Muertos en el que la gente deja ofrendas en las tumbas o en altares caseros llamados *ofrendas* en sus hogares. Estos actos son positivos y optimistas. El Día de los Muertos no es un duelo, sino una celebración. No es un funeral, sino un tipo de animadoras.

Dado que los rituales aztecas precedieron al cristianismo por mucho tiempo, el Día de los Muertos no es una versión mexicana de Halloween. Halloween llegó más tarde, en Europa, donde en general hubo una actitud más triste hacia la muerte. Halloween es la noche de la Fiesta de Todos los Santos para los católicos. Después de que los cristianos españoles invadieron América, las costumbres religiosas se fusionaron y el Día de Muertos se trasladó al 1 de noviembre.

Hoy es 1 de noviembre.

En 1755, el 1 de noviembre se convirtió literalmente en un “día de muertos” en Europa. Esa mañana, la ciudad de Lisboa, Portugal, estaba llena de católicos que llenaron decenas de iglesias para la Fiesta de Todos los Santos. Alrededor de las 9:45 de la mañana, mientras los fieles rezaban, la ciudad fue sacudida por un terremoto masivo, diez veces más fuerte que el que destruyó San Francisco en 1906. La mayoría de las iglesias de piedra fueron demolidas, matando inmediatamente a miles de creyentes que quedaron atrapados.

Algunos intentaron escapar corriendo hacia el mar. Alrededor de las 10:20 llegó el primer tsunami que ahogó a muchos. Siguieron más terremotos y tsunamis que azotaron la ciudad herida y causaron una gran tragedia humana.

Pero eso no fue lo peor. Los incendios que estallaron se convirtieron en un infierno rugiente que ardió durante días entre los escombros, incinerando a los sobrevivientes atrapados, impidiendo los esfuerzos de rescate y destruyendo las estructuras que aún estaban en pie.

Los conventos y los hospitales se arruinaron. También las cárceles. Muchos de los criminales que fueron ya libres comenzaron a arrasar las ruinas, saqueando y violando. Algunos de ellos irrumpieron en casas que habían sobrevivido a los terremotos, matando a los afortunados habitantes. En los días que siguieron, las alimañas y las enfermedades plagaron a los supervivientes indigentes y sin hogar.

Este "día de los muertos" provocó un gran debate en toda Europa sobre el problema del sufrimiento. Voltaire escribió su famoso Poema sobre el desastre de Lisboa, atacando salvajemente las trilladas teodicias religiosas. ¿Es la muerte la "paga del pecado," preguntó, o es el resultado de fuerzas naturales? Algunos pensadores comenzaron a cuestionar la existencia de un buen dios.

México también ha tenido su parte de terremotos, uno de los más grandes de los que azotaron la Ciudad de México en 1985. Eso nos muestra que hay una cosa que

une a todas las personas del mundo, a todas las culturas a lo largo de la historia: La muerte nos pertenece a todos. La forma en que lo afrontamos varía, pero el hecho de la muerte es ineludible.

Por supuesto, como cristiano evangélico, yo no creía eso. Después de ser bautizado y llamado al ministerio, prediqué que de hecho hay una manera de escapar de la muerte. Pasé muchos años como pastor, evangelista y misionero, incluidos dos años en México, predicando que “porque de tal manera amó Dios al mundo que nos ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga la vida eterna.”

¡Yo era un verdadero creyente. Advertí que el mundo se acabaría en cualquier momento, "como un ladrón en la noche." Pasé 19 años en el ministerio, esperando y anhelando el día en que Jesús regresara para llevarnos lejos de este planeta depravado, lejos de la muerte.

Solo hubo una vez en México en la que recuerdo haber recibido algún rechazo a mi ministerio. Alrededor de 1970, estaba repartiendo literatura cristiana en una acera de la Ciudad de México cuando pasó un hombre bien vestido. Me acerqué a él y comencé a decirle que hay cosas más importantes en la vida que el dinero, que Jesús ofrece el verdadero significado y la esperanza de salvación. El hombre parecía tener prisa, así que cité Mateo 6:34, donde Jesús dijo: “No te preocupes por el mañana. Mañana se cuidará solo.” Me miró directamente a los ojos y dijo: "Si yo creyera eso, mi empresa iría a la quiebra." Se alejó rápidamente, dejándome sin nada que decir.

Pero la mayoría de los mexicanos, especialmente en el campo, fueron más receptivos. De hecho, en toda América Latina, el pentecostalismo y el protestantismo evangélico son ahora una amenaza creciente para las creencias católicas tradicionales.

¡Y la culpa es mía!

Décadas más tarde, cuando regresé a México por primera vez como no creyente, hablé con un grupo de ateos en la Ciudad de México y confesé mi pecado de arrogancia y condescendencia cuando era predicador. Les pedí que me perdonaran, que me absolvieran del pecado de hacer misiones, ¡y lo hicieron! Ahora puedo mantener la cabeza en alto en México. ¡Estoy perdonado! Y nadie tenía que morir para redimirme de mi maldad.

El Día de los Muertos no se trata del final de nada. Se trata de un viaje. Un viaje de un estado de -existencia a otro. Yo, también hice un viaje, de predicador a ateo, y gran parte sucedió en México. Siempre me sentí en casa en México, tal vez en parte porque una de mis tatarabuelas nació en Chiapas, y las siguientes tres generaciones, incluida mi mamá, nacieron en Tucson, Arizona, en medio de la cultura mexicoamericana.

De hecho, fue en México donde me admití por primera vez que era ateo. Acababa de pasar por un período de unos 4 o 5 años de pensamiento y lectura, moviéndome gradualmente a través del espectro teológico desde el fundamentalista en un extremo, pasando por el medio- moderado durante un par de años, hasta el pensamiento más liberal que no sostiene que la Biblia es la verdad literal. Si la historia del hijo pródigo es una parábola que no tiene la intención de ser tomada históricamente, y si la historia de Adán y Eva es una metáfora, ¿qué más en la Biblia podría ser simbólico en lugar de verdad? Quizás Yahvé, Dios mismo, es solo una invención literaria, una enorme figura retórica. Cuando me di cuenta de que no hay forma de saber dónde trazar esa línea, Dios pasó de lo concreto a lo abstracto. Aprendí que no hay una definición coherente de Dios, no hay ningún acuerdo entre los creyentes en cuanto a la naturaleza o los principios morales de tal Dios, no hay ningún buen argumento filosófico para la existencia de tal criatura, no hay ninguna buena respuesta al Problema del Sufrimiento, no hay ninguna evidencia para una vida futura, y no hay necesidad de un Dios, porque puedes vivir una vida feliz y moral sin esa creencia. Combinemos eso con el hecho de que Jesús se negó obstinadamente a regresar como lo prometió, y parece que todo es un mito y que el mundo natural es todo lo que existe.

Una noche, estaba acostado en un catre en el salón de la Escuela Dominical de una iglesia bautista en un pequeño ejido al sur de Mexicali, donde pasaba la noche en el verano de 1983. Estaba mirando por la ventana abierta hacia el cielo nocturno. Esas estrellas están recolectando material y quemándolo, brillando intensamente por un tiempo en la oscuridad antes de que se quemen y tosen sus átomos y su energía al vacío. Por primera vez en mi vida me di cuenta de que estaba completamente solo en esa habitación. No había ningún “ojo atento” que juzgara mis pensamientos y acciones. No había seres espirituales compitiendo por mi alma.

Me di cuenta de que yo, como esas estrellas, soy parte del universo natural. Yo soy un pequeño sol de baja potencia, ingiriendo material, quemándolo a unos 37 grados, y algún día escupiré y dispersaré mis átomos y energía de regreso al universo. Finalmente encontré mi verdadero yo: soy un animal, y eso es todo, y eso es suficiente. En ese momento, realmente me convertí en una criatura “nacida de nuevo” de la que las escrituras hablan tan ignorantemente. Completé mi viaje de lo sobrenatural a lo natural, de "vida después de la muerte" a "vida antes de la muerte." Una vida que terminará. Completada mi ardua odisea, miré por esa ventana y dije “Adiós a Dios.”

© *Copyright 2020 por Dan Barker*